

Una lágrima dolorosa cayó sobre las manos de la ciega, lágrima que por un instante tembló en las pestañas de aquellos soberbios ojos negros, limpios, hermosos y sedientos de luz.

—¿Quieres—prosiguió el pálido mancebo, inclinándose hacia su prima, y bañándola en el aroma enervante del pañuelo que tenía en la mano—quieres que ame la tranquilidad de la vida doméstica, que huya de amigos, fiestas y cacerías? ¿Quieres tenerme siempre á tu lado? Pues.... di que me amas!

—Juan....—murmuró la ceguezuela.

—Respóndeme....—repitió el joven en tono suplicante y dolorido.

—Si te dijera que te amo.... acaso no mentiría.... pero no me juzgarías bien

—¿Elena! ¿Qué he de hacer?

—Esperar.

—¿Esperar?

—La esperanza es hija del amor y de la ilusión....

—Poética estás....

—Esperar.

—Elenita....

—Esperar.

—Esperaré.

En aquel momento llegaron Pablo y Ramoncillo.



XLIII.

Espléndido estuvo el banquete, al decir de Maria. El capitalista obsequió cumplidamente á sus invitados, y desplegó en él inusitado lujo.

De tan brillante fiesta hablaron los periódicos, y hablaron como el caso merecía, como que buen cuidado tuvo don Juan de mandar á dos de los principales periódicos de información, y muy particularmente á "El Nacional," apuntes muy exactos: lista de los comensales, descripción de los salones, del comedor y de la mesa, el "menú," y crónica del concierto. en el cual, según costumbre europea, cantaron y toca-

ron artistas de los teatros, y varios profesores del Conservatorio.

Pero antes de que el concierto terminara, don Juan y su esposa, en momentos en que varios concurrentes los felicitaban por el éxito y los esplendores de aquella reunión, comunicaron á sus amigos que una mala noticia, recibida esa misma noche, los tenía tristes y apenados; la noticia llegada por telégrafo era de lo más dolorosa: Eugenia, la esposa del general Surville, estaba en peligro de muerte.

Corrió por los salones la noticia, languideció el entusiasmo, los tertulianos se apresuraron á manifestar á los anfitriones su condolencia, los profesores del Conservatorio tocaron un quinteto de Mozart, y acabó la fiesta.

Don Juan, al despedir á sus invitados en la antesala, les decía:

—Agradezco de todo corazón tantas finezas. ¡Quiera Dios apartar de nosotros la desgracia que nos amenaza! No sería raro que dentro de pocos días invite á ustedes otra vez; pero no para una fiesta... sino á un servicio fúnebre.

Doña Carmen repetía á sus amigas:

—¡No hay que desconfiar de la misericordia de Dios!

Cuando el capitalista se retiraba á descansar, dijo á su esposa:

—El asunto va por muy buen camino...

El resultado será soberbio. Sabes que ese buen P. Grossi es muy listo... Me hizo algunas indicaciones; las encontré acertadas; seguílas al pie de la letra, y el resultado ha sido excelente. Habrá que darle algo para su iglesia.

—A mí lo que no me agrada del P. Grossi, es su dulzarronería... Me parece un hipócrita. ¿Has observado cómo exagera su piedad?

—¡Y cómo sabe sacar el dinero!

—¡Por Dios, Juan! Ya te vas pareciendo á Juanito... Ese muchacho es un deslenguado. Le reprendí esta mañana. No le cae en gracia el P. Grossi, y dice de él que es un explotador de la piedad de los ricos... Lo cierto es que su iglesia está muy bien atendida... y que la obra que va á emprender saldrá maravillosa...

—El buen italiano es hombre de negocios. En una semana ha hecho, á mi sombra (dirélo de paso) tres operaciones con papel de "Cinco Señores," y ahora quiere lucrar con papel de "La Asunción" y de "El Corazón de Jesús y Anexas." Téngole dicho que espere; que no recibiré informes verídicos, y que no se fíe de lo que le cuenten los ingenieros esos que estuvieron aquí ayer, ni tome por lo serio á los "coyotes," porque unos y otros son más listos que él, y cualquier día, si cede, perderá algunos miles de francos. Dejemos

en paz al P. Grossi. ¿Cuándo nos daremos por sabidos del fallecimiento de Eugenia? ¿Qué epinas tú?

—Allá, á principios de julio....

—Temo que antes del quince de julio lleguen las esquelas de Surville....

—Tienes razón.... No había yo pensado en eso. Tampoco se le ocurrió esto al P. Grossi. Por cierto que ya le hablé del servicio fúnebre. El quería que fuese en su iglesia.... Convine con él que en San Francisco.... Es un templo céntrico y elegante. En San Francisco ó en Santa Brígida....

—¿Dónde tú quieras.... Pero me parece que el P. Grossi no las tiene bien con los jesuitas.... Allá en Florencia, cuando publicó su librito acerca del Papa y la Unidad Italiana, en la "Civilta".... En fin, una polémica muy amarga.... Creo que por eso emigró á Méjico el excelente P. Grossi.

—Pero él es listo.... y arreglará todo.

—¿Y no invitamos al Dr. Fernández? Me parece.... Tienes razón.

—Mira: que el P. Grossi arregle el servicio en la Profesa, y que el Dr. Fernández sea quien cante la misa!..

—Está bien.... Pero ¿cuándo?

—El día dos daremos la noticia, y el servicio será tres ó cuatro días después, ¿no te parece?

—Mañana telegrafiaré á Surville....

—Dile que te remita las esquelas, que tú, aquí, cuidarás de que sean distribuidas.... Vienen, se hacen otras, y se muda la fecha....

—Conformes.... Tengo ansia de saber cómo testó Eugenia....

—Pronto lo sabrás.... Ya conoces á Augusto....

—Me tiene triste la muerte de Eugenia. ¡Fué siempre tan buena y tan cariñosa conmigo!

—A mí lo mismo.... Pero ¡qué se ha de hacer!

—¿No temes que Dolores y las muchachas estén quejosas de nosotros, porque no vinieron á la fiesta?

—¡Adiós! ¿Por qué?

—Yo no quise invitarlas... porque las pobres, lo mismo que los chicos, no tienen trajes apropiados. Ya veremos cómo se enmienda esto.... Habrían sido una nota discordante.

—Yo creo que no habrían venido. Tú estuviste imprudente.... Casi dijiste que no vinieran....

—Y si aceptan y vienen....

—Es verdad.

—Mañana irá á verlas Juan. Mandaré á Alfonso y á María.... Me interesan esas pobres muchachas; particularmente Elena.

—Ahora heredarán....

—No será mucho que digamos, y eso si, Eugenia no varió de resolución....

—Ya lo sabremos....

—Y.... ¡hasta mañana! Mejor dicho, hasta luego!

—¿Oíste? Las dos de la mañana.

Y don Juan se retiró á su alcoba.



XLIV.

En casa de don Juan hizo conocimiento el P. Grossi con la familia de doña Dolores y al otro día el dulce italiano se presentó de visita, á eso de las once.

—¡Ave María Purísima!—exclamó beatíficamente al entrar.—Señora mía.... señoritas.... Aquí tienen ustedes á este pobre clérigo, que viene humildemente á presentarles sus respetos y á ofrecerles sus servicios....

El P. Grossi fué muy bien recibido.

—¡Vaya! ¡Vaya!—exclamaba—Tenéis una bonita casa..... Bien se conoce que en ella anduvo cuidadoso el celo amable de mi amigo don Juan. Yo le ví, yo le ví muchas veces, que venía á ver si la obra marchaba, ansioso

de verla terminada, y más ansioso aún de que llegaran ustedes.... ¡Buena persona es mi señor don Juan! Es un hombre singular. Yo le quiero y le estimo en cuanto vale.... Y.... ¡vale mucho, mucho! Observo en él cierta dualidad de carácter, aquella de que hablan unos paisanos míos, no recuerdo si Machiavelo en su "Discurso sobre Tito Livio" ó Ficino; cierta dualidad que me llena de admiración. En don Juan hay dos hombres, ¿capite? El uno: el comerciante, el hombre de negocios, con algo, mucho, de anglo-sajón, ó de aquellos mercaderes del tiempo de Lorenzo el Magnífico. El otro: el cristiano el piadoso, el perfecto católico. En él superabundan desprendimiento y liberalidad: de ello darán testimonio ustedes mismas, como lo dan tantas y tantas obras piadosas por él favorecidas; los jóvenes levitas que le deben carrera; el Seminario ese que, en muy buena parte, está sostenido por él; y como habrá de serlo mi pobre iglesia de San Francisco de Sales.

Las señoritas le escuchaban atentamente. Doña Dolores murmuró una palabra en elogio de su cuñado.

—Y, por Dios, hijas mías,—prosiguió, dirigiéndose á Margarita—que venís á tiempo, y que me prestaréis ayuda eficaz, en bien de mi ermita.... Nuestro Señor os pagará con creces vuestros afanes. ¡Ya se

yo, ya sé yo!—dijo en tono insinuante y cariñoso—como allá en Pluviosilla erais colaboradoras muy eficaces de los capellanes de una iglesia, y cómo los diligentes hijos de San Ignacio os deben mucho.... Hijas mías: mi orden es más modesta; una congregación de humildes misioneros, destinados por la Divina Providencia á la salvación de los humildes y de los menesterosos.... Nosotros no somos soldados, ni tenemos generales, ni acumulamos pabellones.... No somos más que las abejas de las colmenas del Señor, consagrados también á meditar en su pasión cruenta. Vengo á pedirlos ayuda.... No de dinero, que bien sé que sois pobres, por más que el óbolo de la viuda valga tanto á los ojos del Salvador, como las dracmas del potentado, el cual daba seis veces más que la otra. No; no me daréis dinero; pero me ayudaréis á pedirle....

—Pero, señor....—interrumpióle Margarita.

—Hija: ¿me contestas con "peros"....? —respondió el P. Grossi afablemente.

—No le gusta á mi mamá que pidamos... Ni allá en Pluviosilla, donde éramos conocidas de todos.... No le gusta eso....? ¿No es verdad, mamá?

Doña Dolores contestó con un movimiento de cabeza, afirmativamente.

—¿Ya lo ve usted? Aquí nadie nos conoce.... Acabamos de llegar.

—¡Sea por Dios! Mira, hija: deseo organizar una junta de señoritas piadosas, así como vosotras; de buenas y activas muchachas, que colecten donativos para mi obra... Cuento ya con muchas... y de lo mejor y de lo más distinguido de Tacubaya... De manera que iréis en buena compañía... ¡Las buenas compañías, hijas! ¡Las buenas compañías! Si supierais cuán útiles suelen ser tanto para la salvación del alma, como para los intereses temporales! Más de una joven modesta y olvidada de la Fortuna, se ha colocado brillantemente merced á sus amigas de alta clase... Se estrechan las relaciones, hay hermanos que son buenos partidos para una joven, y... como Dios guía á los hombres por los caminos más ocultos... el resultado ha sido la formación de nuevos piadosos hogares.

Doña Dolores permaneció seria y silenciosa; Margot hizo un gesto de disgusto. Elena fué la que, colérica é irreflexiva, contestó:

—Será... ¡pero si nosotras no estamos deseando encontrar buenos partidos!

Intervino la madre:

—No, padre: no me gusta, ni á mi marido le gustaba, que estas niñas pidieran... Ellas ayudarán á usted de otra manera... y lo harán con sumo gusto.

—Preocupaciones, hija! Ya verás cómo mi amigo don Juan las persuade... Ade-

más, deseo organizar una hermandad de niñas devotas, de la cual espero obtener frutos copiosos de vida eterna... Y otra de muchachos, de jóvenes religiosos. Los jóvenes religiosos han sido los mirlos blancos... Cuento con estas señoritas, y cuento con los jóvenes. Unas y otros tendrán en este pobre clérigo un cariñoso capellán, lo mismo que usted, mi excelente señora!

—Con mucho gusto, padre, con mucho gusto... Tanto estas niñas como los muchachos tienen confesor... El P. Cangas... de Santa Brígida, á quien los recomendó desde Pluviosilla el P. Anticelli...

—¡Dos varones insignes!—respondió el P. Grossi. El uno, buen director de almas; el otro, un erudito.

Y variando de asunto, siguió diciendo:

—¿Estáis contentas aquí? Sí; la casa es bonita... Me place...

Y sacó del bolsillo una cajita, dentro de la cual había á granel muchas medallas de cobre.

—Tomad,—dijo,—distribuyendo—para usted, señora; para vosotras; para esos mozos.

En aquellos momentos se presentó Juan. Saludó con respeto á su tía y al clérigo, y cariñosamente á sus primas.

—Aquí me tenéis... vengo á pasar el día con vosotras.

—Bien venido, muchacho.

—Gracias, tía. Alfonso vendrá más tarde, con Pablo, cuando mi señor primo salga del escritorio. . . . Y esta tarde nos iremos de paseo. Ordené que me mandaran el coche. Mamá y María no saldrán. Quiéren descansar. . . . Figúrense ustedes que aquello se acabó á las dos de la mañana. Mucho sentimos todos que no hubieran ido ustedes. . . .

—Vienes cuando yo me voy. . . . —dijo el P. Grossi.—Es hora de refectorio. . . .
—Comerá usted con nosotros, padre! —dijo la señora.

—Gracias. ¡Adiós! Esperaré estas niñas el domingo á las diez. . . . Tendremos la primera junta ese día. ¡Dios nos ayudará! Esos muchachos, que vayan cualquier día. El arreglo de la hermandad esa, todavía está en proyecto. . . . Nadie se mueva. . . . Yo conozco el camino.

La señora acompañó al P. Grossi hasta el corredor.



XLV

Desde ese día, á menos que las señoras estuvieran en Méjico, lo cual no era frecuente, Juan y Alfonso se pasaban las tardes en casa de sus primas.

Mientras Juan y Elena conversaban en el balcón, Alfonso y Margarita charlaban en la sala. Doña Dolores iba y venía, ó hacía labor en la pieza inmediata.

Solían ir de paseo: á la Alameda ó á Chapultepec, ya con la señora, ya acompañados de Ramoncillo.

¡Qué de veces la lluvia veraniega los obligó á salir del bosque para ir de carrera al coche, ó á tomar el tranvía! ¡Cuántas otras no regresaban hasta entrada la noche, á la hora en que los guardas iban á cerrar las puertas del famoso parque!

Alfonso no se había atrevido á decir amores á Margarita; pero, sin duda alguna, que en una y en otro estaba encendida la chispa. Margot distinguía y prefería á su buen primo; encantábale la elegancia del mozo, no menos que su melancólica displicencia, y le interesaba la tristeza de aquella alma que parecía como entenebrecida por un desengaño, cuando el corazón abre sus primeras rosas al venticillo plácido y embalsamado de más puras ilusiones. Era inteligente el mancebo, y no sólo inteligente, sino culto: hablaba inglés, francés é italiano; seguía con empeño el movimiento literario de Francia; se sabía de memoria versos de Lamartine, de Musset, de Hugo, de Verlaine, de Baudelaire y de todos los poetas de la última generación; sabíase los muy bien, y los recitaba con acento netamente francés, y por modo muy elegante y artístico, como que había recibido lecciones de lectura de Coquelin, de quien había sido predilecto discípulo.

Alfonso no tenía la verba abundantísima de su hermano, ni la audacia de éste para pensar y discurrir; el fondo de su carácter era serio, y á pesar de haber sido en París, durante algunos años, verdadera flor de asfalto, conservaba cierta frescura de sentimientos, muy en armonía con su manera de vivir y de pensar. Traído y llevado por el pestuoso mundo de los placeres pa-

risienses, no había corrompido su corazón en él. No era un alma sana, pero, de fijo que no era un sér corrompido.

En ideas y sentimientos convenían los primos, y ya en el piano, ya en el bosque, aquellos dos corazones palpitaban al unísono.

Margarita amaba á Alfonso, pero cualquier observador perspicaz habría comprendido á poco, que en el afecto de la blonda señorita había algo de cariñosa compasión; algo como el anhelo de hacer que aquella existencia entristecida recobrara la juventud é ingenua que desengaños y desilusiones le habían arrebatado. Deseaba Margot que su primo fuera franco; que alguna vez le confiara aquella historia que tan prematuramente le había quitado con la regocijada alegría de los veinte años, el anhelo de amar y ser amado. Pero Alfonso no tocaba nunca ese punto, y vanos fueron los ardides de la rubia señorita para que su primo depositara en ella su confianza.

A su vez el mancebo estaba prendado de su prima. Cautivábanle la hermosura y el ingenio de Margarita; le seducían su talento y su natural y modesta expedición, y le tenían rendido la gallardía y la singular belleza de la joven. Y se decía: ¿Amo á Margarita? Tal vez. Pero si yo le digo que en el fondo de mi corazón tengo para ella

un afecto, un cariño, que no es el de un paciente, no puede dar crédito á mis dichos porque sabe muy bien, ¡vaya si se lo tiene bien sabido! que tempranos y crueles engaños me amargarón la vida. Ella es discreta, muy lista, muy lista, de sentimientos exquisitos, delicada como una sensitiva, y ni puede ni debe dar oído á mi amor....

Y así pasaban los días; y de aquel amor eran intérpretes por ambos lados Chopin y Saint Saens, Mendelssohn y Gounoud. A veces en labios del mozo hablaban Coppée y Gauthier....

Cierta tarde, precisamente el día en que don Juan comunicó á sus amigos, en elegantísimas esquelas, redactadas en francés, el fallecimiento de Eugenia, iban Margarita y su primo en el bosque, á lo largo de una larga calle de abetos. El sol se ponía dulcemente, y al morir doraba el firmamento y las lomas, y las arboledas últimas del parque se destacaban sobre un fondo gualda. Ni Margarita ni Alfonso hablaban, absortos ante la hermosura del paisaje.

El mancebo rompió el silencio, diciendo con cierta entonación melancólica, delatora de secreta añoranza, los primeros versos del célebre é incomparable soneto de Arvers:

"Mon ame a son secret, ma vie son mystère:

Un amour éternel dans un moment congu"....

—¡Lindos versos!—exclamó Margarita, apoyándose dulcemente en el brazo de su primo.—¿De quién son? ¿Tuyos?

—¡Ojalá! De Arvers... Un poeta cuya gloria perdura en este soneto, en catorce versos de expresión apasionada y dulce... Dicen que fueron dedicados á la hija de Nodier ó á Mme. Victor Hugo... Alguien na dicho que este soneto es una lágrima caída de los ojos de un poeta en momentos de inspiración... y luego... convertida en perla.

—¿Lo sabes todo?

—Sí.

—Recítalo.

Detúvose Alfonso, y, con acento enamorado y triste, murmuró dulcemente, casi al oído de su compañera, el inolvidable poema.

—Vuelve á decirle.

El mozo repitió el soneto con voz trémula y profundamente apasionada.

Al terminar la recitación, Alfonso miró fijamente á su prima... Esta bajó el rostro, y siguió andando. De pronto se detuvo....

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Ese soneto... parece que, en cierto modo, es un eco de tu corazón....

Inmutóse Alfonso.

—¿Por qué dices eso, Margot?

—Porque sí.

Y siguieron avanzando silenciosamente.

Al fin habló Margarita.

—Sí, ¿no es verdad que en tu corazón hay un secreto, y en tu alma un misterio... que entristecen tu corazón?...

Alfonso no respondió.

—Vamos, señor mío... ¿No merece Margot el favor de esa confianza? Cuéntame esa novela.... ¿Novela? No; ese poema triste.

—Pues oye, prima mía:



XLVI.

- Primita mía, escucha mi novela.
 —¿Es muy interesante?
 —Tú dirás.
 —¿Es alegre?
 —Creo que no.
 —¿Triste?
 —Parece serlo.
 —¿Realista?
 —Sí; y de buena cepa.... Más bien, romántica.
 —¿Romántica y realista?
 —No son términos antitéticos.
 —Señor mío: cualquiera diría que, convertido en crítico, pontificas en la más grave de las revistas inglesas.
 —¡Margot!...
 —Sentémonos aquí, en este tronco,

de cara al sol que muere, bajo estos árboles vetustos; que bien merece la triste historia de ese amor... desdichado, el ser contada en este sitio melancólico, ante los esplendores del occiduo sol.

—¿Poetizas, señadora?

—¡A crítico profundo... altísimo poeta!

Sonreía la blonda señorita, sonreía maliciosamente, mientras su compañero callaba entristecido.

Sentóse la joven en un tronco cortado á cercén, y Alfonso en otro, cercano, tendido á la vera del camino.

Esperaba Margarita que su primo diera principio á la narración; pero éste, echado el sombrero hacia atrás y apoyados los codos sobre las rodillas, jugaba con los guantes, cabizbajo y mudo.

—Habla,—dijo Marget.

—Temo que te burles de mis tristezas y de mí... novela.

—¡Habla, Alfonso! Yo te lo ruego.

—Puesto que tú lo deseas, oye; era lindísima, encantadora...

—Así lo creo... Vi su retrato el otro día. Me le enseñó María.

—La conocí en Niza, durante una temporada que pasamos allí con mi tía Eugenia... La conocí en un combate de flores... Su coche fué el premiado. Me cautivó la soberbia hermosura de aquella mujer que atraía las miradas y la admiración

de todos. Dos días después vino á la casa de mis tíos, á una comida que ellos ofrecían á sus amigos para celebrar no sé qué aniversario... Fuí presentado; la llevé á la mesa, y desde esa noche...

—Entiendo. Fueron amigos... y te enamoraste locamente.

—Ruth se llama... Su padre es muy rico... Es un banquero judío residente en Burdeos.

—¿Y pensaste en casarte con una judía? ¡Por Dios, primo! Me alegro del fin de esos amores...

—No tendría eso nada de particular... En Francia, en toda Europa, hay matrimonios de esos todos los días... La más alta nobleza de Francia, la más antigua, no tiene escrúpulo para esos enlaces...

—Por el dinero...

—Te encuentro antisemita...

—Y yo te encuentro... judaizante! Además, nosotros no somos nobles... ¡Recuerdas aquello, precisamente del libro de Ruth... "tu Dios será mi Dios, tu pueblo será mi pueblo?" La religión es todo para el cristiano...

—Para mí la religión... No soy irreligioso... No encuentro en la religión, como algunos, motivo para halagar mi vanidad y dar suelta y empuje á mis altiveces... Odio á las gentes gazmoñas... Creo porque amo... Amo porque creo. No soy, como mi hermano Juan, indife-

rente á cosas tan altas.... Juan, más que indiferente, es descreído.... Creo firmemente en la fe de mis padre; soy católico; lo soy por educación y por convicción; pero ciertas prácticas y ciertas preocupaciones no se avienen con mi carácter ni con mi manera de ser y de sentir. Advierto que aquí las prácticas religiosas tienen mucho de hábito, de costumbre; me parece que falta en las personas más piadosas la verdadera ilustración católica. Dime: ¿qué motivo hay para reprobar un enlace por disparidad de culto?

—¡Primo mío, primo mío! Es necesario ilustrar á vd. Toda la ilustración católica está en el catecismo.... Sí; me felicito de que esos amores se hayan malogrado.... Vamos á la novela.

—A ella voy.

—Ruth.... ¡bonito nombre! no te quisó.

—Era una niña frívola.... pero ¡tan hermosa!

—Te engañó.

—Sí. Mis padres aprobaban mi elección.

—Naturalmente.

—¿Por qué dices eso, Margarita?

—Naturalmente: era joven, bella, elegante, distinguida, de exquisita educación.... millonaria, ¿no es verdad?

—Sí; pero tú lo dices por lo último....

—¡A qué negarlo!

—El padre de Ruth no se oponía á nuestro enlace.

—¡Tanto mejor! Pero un día....

—Un día, sí, aquel idilio....

—Hebreo.... ¿no es así?

—¡Margot!....

—Aquel idilio aristocrático, flor espléndida de la "high life" francesa, se convirtió en tragedia.

—Un agregado de embajada, un joven inglés de hermosa presencia, con riquezas en la India y castillos en Escocia, vino y....

—Y todo acabó, ¿no es eso?

—Sí.

—No sigas. Te ahorraré los comentarios.... ¡Vámonos!

Margarita se levantó, levantóse Alfonso, y siguieron hacia el fondo del bosque, por donde iban Juan, Elena y Ramon seguidos del carruaje.

—Pues ahora, primo mío, vas á escucharme.... Celebro tu desgracia. ¿Por qué? Por lo que ya he dicho, y porque tu alma dulce y bondadosa necesita de algo más que de una heredera judía, bella, elegante y opulenta. O mucho me engaño, ó para ser feliz lo que te conviene es una.... cristiana, sencilla, modesta, cariñosa, que viva para ti, ajena á las vanidades de la sociedad opulenta en que has vivido. ¡Si creo que en ese mundo te han envenenado el alma y te han marchitado el corazón! Alfonso, aleja de ti los recuerdos de esa

mujer. Olvida ese desengaño.... ¿Quién no lleva en el fondo del corazón tristes memorias de una dicha malograda! Vive para ser dichoso. ¿Qué te falta para conseguirlo? ¡Nada! Quererlo. Tu corazón ahora mustio y sin aliento, volverá á amar.... Pero, óyelo bien, óyelo, Alfonso; mira en quién pones tu amor y en quién fijas tus afectos. Eres demasiado romántico.... Primo: ni novelas lamartianas, ni novelas de Zola.... La vida no es perfectamente buena ni perfectamente mala.... Si crees porque amas y si amas porque crees, ajusta tu vida á lo que te ofrecen esos dos ideales. Dios mandará á tu alma benéfica lluvia de santos afectos, y tu corazón, ahora mustio, volverá á florecer, como esas plantas que tienes delante, cuando pase el invierno. ¡No me gusta tu novela!... ¡No me gusta esa tu literatura poética, no me gusta! Procure el novelista que en la segunda parte de su libro haya más sencillez y... más acierto.

—¡Eres cruel conmigo, Margarita!

—Acaso. ¿Sabes por qué?

—¡Por qué?

—Porque te quiero mucho, Alfonso!



XLVII.

Ese mismo día principio el duelo en la casa de Collantes. Se distribuyeron esquetas; fueron cerrados los balcones; quedaron entornadas las puertas del despacho, y sobre la clave del portón colocaron los criados un gran moño negro.

Desde ese día lucieron cocheros y lacayos correcta y elegantísima librea de luto, y doña Carman, en la antesala, y don Juan en ésta y en el escritorio se mostraron de lo más tristes y apenados por la inesperada pérdida de aquella hermana tan querida.

Acudieron á la casa Secretarios del Despacho, diplomaticos, banqueros, periodistas, y cuantos amigos tenia nuestro don Juan.